

CONTESTACIÓN
DE
DON ELOY G. GONZÁLEZ

Señor:

Os saludo con la más cordial bienvenida en nombre de la Corporación Académica. Ésta, animada por un amplio espíritu de renovación, de vigorización, abre alborozada sus puertas al llamamiento de los que, como vos, empuñan en sus robustas manos jóvenes, instrumentos bien templados para una labor firme y perdurable y traen bajo su fuerte brazo sólida y abundante provisión.

Habéis optado con legítimos títulos —y la Academia os ha asignado— una curul que hicieron eminente propietarios ilustres, estadistas, diplomáticos, escritores de historia, profesionales eximios: Viso, Ríos, López-Baralt. Mantendréis en ella, lo sabemos, la honra de la tradición de sus antiguos señores.

Habéis elegido para vuestro discurso de recepción un tema cuyo menor interés consistiría en formar cuerpo con el material histórico que queda, relativo al descubrimiento, colonización y pérdida de la isla de Trinidad: ya que "los antiguos archivos del Cabildo fueron destruidos por la polilla, poco tiempo después de la capitulación de la Isla, y eran las únicas fuentes de información, en una época en que todavía no se había introducido allí la imprenta".

Habéis tenido, además, la fortuna de poder estudiar, en nuestro Archivo Nacional, documentos inéditos relativos al acontecimiento; y ello os ha servido para formaros un criterio y emitir opiniones que, no por discordes con los de historiadores que han tratado de las causas y las consecuencias del hecho, tienen menor mérito e importancia; "porque —según lo advierte un historiador de la Trinidad— quien escribe una historia, así sea la del más pequeño y apartado rincón de tierra, habrá realizado siempre una ruda labor".¹

Lástima es que las dimensiones que habéis tenido que dar, forzosamente, a vuestro trabajo, no os hayan permitido presentar en sus altos relieves ese interesante e intenso período histórico, que va de la España austríaca a la España borbónica; y que al propósito de vuestra tesis pareciera bastar la mención de la catástrofe de la Armada Invencible. Habríais establecido el origen de esta desapiadada y sangrienta inquina entre Inglaterra y España —desastrosa a la postre para la última— en aquella pugna de intransigencias religiosas, entre Isabel, como restauradora del Protestantismo, y Felipe, como campeón del Catolicismo. Habríais desplegado de nuevo los vastos planes del sucesor imperial, contemplando fácil a su señorío la extensión de Europa, después de San Quintín; habríais mostrado a la Francia sumisa en Gravelines, ofreciendo a Felipe arterias de Valois, para que en ellas ingiriese su sangre austríaca, por el matrimonio con Isabel; nos habríais conducido a los campos de Flandes, a presenciar cómo de los pantanos de Batavia surge una nueva nación, que disputa soberanía al Imperio español y territorio al mar germánico, bajo la tenacidad paciente del Estatúder Taciturno; y por la Vega de Granada habríamos asistido a las Alpujarras; y por los Balcanes habríamos enrumbado, en los bajeles del de Austria, al glorioso golfo de Corinto, a aventar al turco de los sagrados mares de la civilización... En suma, habríamos visto levantarse aquel sol que parecía destinado a no ponerse y, bajo su luz, la creciente proyección de aquella enorme personalidad, todavía discutida, cuyos planes en todos sus comienzos afortunados, tenían que debilitar, extenuar, arruinar a España, en su población, en su comercio, en su industria; porque no por otros medios que hombres y tesoros podía mantenerse dominio en Italia, y en Francia, y en Alemania hasta los mares de Escandía,

¹ Borde, *Histoire de l'île de la Trinité sous le gouvernement espagnol*

y en la India Oriental por los mares asiáticos, y en América por el Atlántico. Y no sino con fausto y victorias podía emparejarse a la preeminencia política el señorío intelectual para imponer la lengua española en París y en Viena, en Bruselas y en Nápoles, en Milán y en Turín; y poner a regir las cátedras de la literatura europea a un Lope, a un Calderón y a un Cervantes. Y mientras los hombres formados en ejércitos, para sujetar a Europa, África, Asia y América, despoblaban España y el bracero se convertía en soldado, Felipe contó demasiado con el milagro de oro del Perú; por todo lo cual pudo nuestro Juan Vicente González sintetizar la culminación y la declinación, diciendo: "La España fue entonces un gran río que entraba en su lecho después de inmensas inundaciones."²

Pero tan larga reconstrucción no hacía al caso de vuestra tesis, la cual pasáis a sostener en seguida. Necesitabais establecer desde luego la importancia comercial de la isla, por su posición geográfica, que puede hacerla sede de un gran comercio con las vastas y fértiles regiones centrales del continente sudamericano, cuyo acceso es fácil por la extensa red natural de canalización interior;³ dominadora del Delta del Orinoco, arteria fluvial que por el Casiquiare, el Río Negro, el Amazonas y sus tributarios, conduce fácilmente al centro del Brasil y de las repúblicas del Sur, lo que le confiere, a la par, una grande importancia militar; consideración esta última que pesó decisivamente en las conferencias de Lila, en 1797, entre Francia e Inglaterra.⁴

Presentáis como razones para la capitulación del gobernador Chacón: la escasez de tropas de que disponía; las enfermedades, el cansancio y las necesidades que sufrían; la inseguridad para emprender una retirada al interior, a más de la falta de víveres y de municiones para intentarlo; las súplicas al gobernador de los principales comerciantes y labradores para que capitulase; las probabilidades de que el bombardeo enemigo incendiase la isla; los diferentes partidos en que se hallaba dividida la población; y, de la parte contraria inglesa, los 6.700 hombres y los 1.200 cañones de Albercromby.

Disentís, en la mayor parte de esta enumeración, de los historiadores de la Trinidad. Unánimemente, ellos atribuyen el hecho a preocupaciones sentimentales, en parte, y a consideraciones políticas, en gran proporción. Recordad, antes que todo, las condiciones personales y las opiniones íntimas de don José María Chacón, Sánchez de Sotomayor, Rodríguez de Rivera, Caballero de Calatrava, Infante de Lara y Castro, Capitán de Navío, Capitán General y Gobernador de la Isla, Subinspector de las tropas de su guarnición, Juez conservador de correos y postas, Real Vicepatrón, Administrador instruido y hábil, prudente y activo, conciliador y afable, accesible a todos; que oye todas las quejas y protege a todos los débiles; habla correctamente francés e inglés; extremando su tolerancia hasta aceptar colonos protestantes, a despecho de la letra de la Cédula de Colonización que, traducida al inglés y al francés, hace circular por todas las Antillas; colonizador admirable, "fundador de una colonia en una isla desierta".

Pero a Chacón, como a la Majestad de Carlos IV, como a la Corte de la metrópoli, como a la masa cuasi analfabeta del pueblo español, le inspira horror la crisis sangrienta porque atraviesa la Francia Revolucionaria. España se arroja en la gran coalición europea contra la Revolución; y el Gobernador de Trinidad toma entre ojos a la mayor parte de la población de la isla, en donde no hay sino contados realistas a los inmigrados de las otras Antillas, porque son franceses; a los blancos, porque no repugnan los nuevos principios; a los esclavos, porque estos principios pueden impulsarlos a la rebelión; a los libres negros y de color, porque han adoptado estos principios para fomentar la emancipación de sus hermanos esclavizados y salir del estado de

² *Manual de Historia Universal*, cap. XXXIV, *España*

³ Wall and Sawkins, *Geology of Trinidad*, cit. por Borde.

⁴ Thers, *Histoire de la Révolution française*, tomo IV, cap. X

inferioridad en que se hallan con respecto de los blancos, a quienes se denomina "republicanos". Y para el gobernador Chacón, el republicano no era sólo el jacobino, el terrorista, el regicida; era, socialmente hablando, el descalificado, el perturbador de la paz pública, el criminal. Cuando en 1793 y 1794, los ingleses se apoderaron de Tobago, Martinica, Santa Lucía y la Guadalupe, es ocasión para que el Gobernador de la Trinidad revele sus verdaderos sentimientos: se aleja de la Francia y se inclina a Inglaterra; día por día pide a los miembros del Cabildo su cooperación para impedir que los *malvados* penetren en la isla y *siembren en ella la revolución*. (Los "malvados" son los franceses.)

Mientras el impetuoso e irresistible Víctor Hugues recupera las colonias francesas, la Francia victoriosa en las campañas del 93 y 94 impone la paz a España el 95, y pone las bases para la alianza contra Inglaterra; esto contraría fundamentalmente la política de Chacón, pero permanece fiel a sus preferencias; y esto explica por qué para las vísperas de la expedición de sir Ralph Abercromby permanece impassible, sin tomar precaución alguna, en tanto que es totalmente opuesta la política de la metrópoli española, porque rechaza el ofrecimiento que le hace el bravo Víctor Hugues de auxilio y defensa; porque le contesta desabridamente al Capitán General de Cuba, quien le ofrece al negro General Jean-François, émulo de Toussaint Louverture: "Tenemos ya demasiados republicanos desordenados en el país", cuando, precisamente, el general dominicano era realista desde que, ejecutado Luis XVI, abandonó la causa francesa y se afilió a la española. España, al contrario, inmediatamente después de la declaración de guerra, se preocupó por la suerte de Trinidad, y queriendo ponerla a salvo de toda tentativa, envió la corbeta *Galgo* con 400.000 y más pesetas en efectivo y provisiones de boca y de guerra; pero apresada por los ingleses en el mar colombino, el gobierno español ordenó que la escuadra equipada en Cádiz con destino a Cartagena de Indias, se dirigiese a Trinidad y desembarcase sus tropas, en el caso de que aquel Gobernador temiese un ataque. La mandaba el contraalmirante don Sebastián Ruiz de Apodaca y se componía del *San Vicente* (buque almirante), con 80 cañones, y el *Arrogante*, el *Gallardo* y el *San Dámaso*, con 74 cañones cada uno, más la fragata *Santa Cecilia*, con 36 cañones, y por todo 700 hombres de desembarco: buques que eran "verdaderos modelos de arquitectura naval". Pero Chacón, en uso de sus poderes, dispuso que la escuadra fuese a acoderarse en la bahía de Chaguaramas. Si en número de tropas enemigas concuerda vuestra estadística con la de los historiadores, no así en cuanto al número de bajeles: Joseph, el autor inglés de la *History of Trinidad*, escribe que la escuadra mandada por el contraalmirante Henry Harvey constaba de 20 velas y cerca de 900 bocas de fuego: 7 barcos de línea, 2 fragatas, 8 corbetas, 1 bombardera y 2 transportes. Cuando llegó a Puerto España la noticia de que la flota inglesa se hallaba a la vista de la Boca de Drago, el almirante Apodaca conferenció con el Gobernador acerca de la situación y volvió a bordo: se ignora todavía lo que pasó en aquella entrevista secreta, pero el almirante español convocó a consejo de guerra a los cinco comandantes de su escuadra y resolvieron por unanimidad incendiar los buques, para impedir que cayesen en manos del enemigo. Entre tanto, la población se hallaba conmovida y el Gobernador permanecía en una completa inacción: a las súplicas de los colonos para que comenzase a organizar la defensa, contestaba invariablemente: *¡Poco a poco, señores, poco a poco!* Fue la respuesta que obtuvo también el cónsul de Francia, cuando le aconsejaba que armase la población.

Ante aquella inmovilidad de Chacón, la multitud clamaba *¡Traición!*, y las calles se llenaron de hombres indignados, de mujeres y de niños llorosos. Resuelto el impávido Gobernador a echarse en brazos del enemigo antes que caer en los de los "republicanos", sus únicas precauciones consistieron en remitir los archivos y el tesoro a

don José Mayan, Teniente Justicia Mayor de San José, bajo cuyas arboledas de cacao fueron enterrados; y a dar secretamente a los ingleses y a los españoles de la ciudad el consejo de retirarse con sus familias y los objetos de valor a la antigua capital de la isla.

Lo demás lo habéis referido: detrás de Punta Gorda, el inmenso fulgor del incendio de los soberbios bajeles de España, espectáculo que durante tres horas contempló inmóvil la escuadra inglesa; desembarco de los 1.500 cazadores alemanes, vanguardia de las tropas inglesas; simulacro de resistencia, en el reconocimiento efectuado por el piquete del teniente de fragata don Juan Tornos, apoyado por una parte del batallón mandado por el teniente-coronel don Francisco Carabaño; intimación del general Albercromby... ¡Capitulación! Apodaca y Chacón fueron sometidos a juicio, a su desembarco en Cádiz, y en aquel juicio se puso en claro que habían entregado 2.200 hombres, en lugar de 600 que decían; que pudo haber ascendido aquel número a 6.600 hombres, si Chacón hubiese aceptado los auxilios de Víctor Hugues y del Capital General de Cuba; y que pudo, como se le suplicaba, organizar un cuerpo de voluntarios y llamar la milicia a las armas.⁵

Señor

¡Os reitero las cordiales protestas de bienvenida con que la Academia os acoge en su seno!

Caracas, abril de 1919.

⁵ Blanco y Azpurúa, *Doc. para la historia de la vida pública del Libertador*; Meany, *Abstract of the minutes of Cabildo*; Byran Edwards, *History of the war in the W. Indies*; E. L. Joseph, *History of Trinidad*; Thiers, *Histoire de la Revolution française. State Papers to war against France*; Colonel Draper, *Address to the British public*.